



ARZOBISPADO
DE SANTIAGO
VICARÍA PARA LA PASTORAL



Llevemos la alegría
del Evangelio
a la gran ciudad



Habitar la vocación cristiana y la misión laical en la gran ciudad

Sandra Arenas



Habitar la vocación cristiana y la misión laical en la gran ciudad

Sandra Arenas

Vicaria para la Pastoral - Arzobispado de Santiago

Revisitar la vocación cristiana en general y la misión laical en particular es una tarea eclesial permanente que la Arquidiócesis de Santiago asume en el proceso de discernimiento hacia las orientaciones pastorales 2025-2027.

¿Por qué revisitar estos temas cuando parece que los conocemos suficientemente?

La respuesta es sencilla, porque toda la vida de la iglesia y los presupuestos que la sostienen, conversan con la historia y con los contextos culturales que se transforman, de modo que la permanente renovación y actualización es irrenunciable. Lo recordó el Concilio Vaticano II, lo ha recibido así la iglesia latinoamericana las décadas posteriores y lo impulsa el pontificado actual con vigor. La iglesia de Santiago es muy consciente de esta interrelación y es por ello que se propone que en el contexto de la gran ciudad en la que vive, se discernan en comunidad las nuevas y necesarias formas *de habitar* la vida cristiana y la misión de laicas y laicos en esta hora.

La manera en la que comprendemos la vocación cristiana y la misión del laicado está siempre correlacionada con la *imagen de iglesia* que tenemos. Y por ello, les invito a que en primer

lugar, reflexionemos en torno a la imagen de iglesia que emerge del proceso arquidiocesano y universal (1), para luego reflexionar el *habitar la vocación cristiana* en medio de la gran ciudad, especialmente *la laical, dentro de la ministerialidad* de toda la iglesia (2), finalmente, dejaremos algunas preguntas que orienten nuestra reflexión arquidiocesana en este proceso sinodal (3).

1. La iglesia de Santiago que sale, se revisa, acoge, dialoga, se cuestiona y primerea

Como parte del proceso en curso, tomando en cuenta las crisis contemporáneas propias y foráneas y desde el rico patrimonio eclesial diocesano, tal vez la imagen que mejor describe a la iglesia de la arquidiócesis es la del *descentramiento*. Des-centramiento implica ciertamente, salir del centro, en fidelidad a su propia naturaleza, la cual no se debe a sí misma, sino a la misión de transmitir, vivir y reconocer el Evangelio de Jesús en las culturas del propio territorio. Al salir del centro, se deja de mirar a sí misma para mirar, oler, tocar, abrazar, oír a otras/os, al modo de Jesús cuando transitaba por los campos de Galilea. Y esta salida del centro supone así mismo mirarse con serenidad y conciencia

crítica, reconociendo las fortalezas y limitaciones, la gracia y el pecado que nos circunda, las heridas, a los/as heridos, los aciertos, las víctimas y las esperanzas.

Las comunidades de la arquidiócesis reflejan este deseo utilizando una serie de expresiones en sintonía con la enseñanza latinoamericana y universal postconciliar, desde el propio contexto de habitar una ciudad que crece, que se complejiza y que se diversifica. Destaca la conciencia de que una *autocrítica serena y seria* es indispensable para forjar una *cultura del cuidado* que propenda hacia relaciones sanas y respetuosas, desde el reconocimiento de ser una comunidad compuesta por una creciente multiplicidad de rostros, cada vez de más variadas etnias, migración chilena y extranjera. Esa conciencia de ser una *comunidad habitada por la diversidad* carismática, racial, etárea, también social y política, invita a moverse creativamente en dos sentidos interrelacionados: la *salida* hacia el *diálogo entre generaciones* que sea capaz de reconocer e integrar concretamente, de manera especial, los rostros de niños/as y jóvenes, tanto dentro de la comunidad eclesial como fuera de ella; y a la vez, la salida a partir de la *diversificación de formas de transmisión de la fe*, del mismo mensaje perenne de Jesús en formas renovadas adaptadas al tiempo, al contexto, cultura y subculturas.

Pero ¿cómo se hace esto?

A través del cultivo de ciertas virtudes propias del patrimonio de la tradición cristiana, como son: el aprecio y conocimiento profundo de la historia que se habita, de las culturas desde las cuales se vive y celebra la fe (cf. *Gaudium et spes*), desde el discernimiento de los signos de esa historia en la cual se autocomunica Dios y, por lo tanto, cultivando la capacidad de observar atentamente y orar comunitariamente

aquello que se observa y confiando en que la actividad del Espíritu efectivamente modela creativamente en el cruce de esa historia, de esas culturas y esa fe comunitaria.

Esa actitud dialógica, propia de la pastoralidad de la iglesia, implica repensar los territorios donde proyecta su misión, integrando las nuevas formas de organización y de tejido social y permeables a diseñar otras formas institucionales, reubicando la parroquia, uniendo algunas, densificando la vida decanal y vehiculizando mayor circularidad y dinamismo entre los carismas y ministerios de la membresía eclesial. Dentro de la cultura urbana conviven otras formas culturales que instalan, por ejemplo, desde las artes y los deportes urbanos, enormes posibilidades de fecundos intercambios. Lejos de asustarnos, estos procesos de transformación deben llenarnos de esperanza y animarnos a crear, a *primerear* (cf. *Evangelii gaudium* 24) formas creativas de respuesta fresca, profunda y fiel.

La conciencia creciente de la necesidad de estos movimientos, refleja el dinamismo de una



comunidad viva, abierta y permeable a los cambios, que confía en la presencia activa de Jesús (cf. Mt 28, 19-20), capaz de generar espacios de creación de estilos relacionales que resguarden una transformación, incluso estructural, que comunique más fielmente tanto la buena nueva como la dimensión sacramental/comunional de la iglesia. En efecto, *manifestar y realizar comunión* es una dimensión constitutiva de la naturaleza de la iglesia, una tarea nunca acabada (cf. LG 1) y que apunta a un deber ser, a un horizonte, posible de materializar en formas muy distintas, nuevas y por ello más que pretender fórmulas hechas, el esfuerzo de las comunidades eclesiales de la arquidiócesis será más fecundo y pertinente si tiende puentes (cf. Bingemer - Casarella), si teje redes, si vehiculiza esperanzas, si renueva su compromiso con la transformación social y renueva estructuras al servicio de la evangelización. En este sentido conviene que la iglesia se deje ayudar e interpelear, recordando que “el viento sopla donde quiere: tú oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Lo mismo sucede con todo el que ha nacido del Espíritu” (Jn 3,8).

La clave para transitar estos caminos es *hacerlo en comunidad*, resulta irrenunciable y para vivirlo más allá del bello slogan es necesario que en la dinámica diocesana esté siempre articulada la vida no sólo de todas las pastorales ambientales, sino también de los movimientos y de las universidades, desde donde es posible seguir gradualmente transitando hacia una cultura eclesial sinodal, que promueva y sustente la diversidad carismática y ministerial a partir de la corresponsabilidad y participación de todas y todos los bautizados (CTI 2018, 6).

Es en la comunidad donde adquieren densidad teológica los procesos de escucha, de consulta,

de discernimiento, de deliberación, y de toma de decisiones, los cuales conviene que permeen todos los ámbitos de la vida de la iglesia diocesana para que acojan efectivamente los sentires de fe del pueblo santo porque ungido (cf. Carta al pueblo de Dios..., 1); se configuran así consejos pastorales con más identidad, canalizando pareceres para que lleguen a ser más vinculantes.

2. Habitar la vocación cristiana y laical en medio de la gran ciudad

La vocación cristiana nos introduce en la vida en comunidad de variadas maneras, siempre *multiforme y abierta* a modos que representen de manera más genuina ese llamado al seguimiento de Jesús desde la diversidad carismática y ministerial.

Cuando observamos la vida y obra de San Pablo, vemos que el llamado/vocación a seguir a Cristo implicó a la vez una *conversión* a asemejarse a él, a adecuar su vida a la del Señor desde el *testimonio* filial, fraternal, encarnado e incultrado, *situado en los contextos* de anuncio.

Habitar la vocación cristiana desde la conversión y el testimonio situado entrama la vida de las comunidades, en medio de barrios sobrepoblados, tanto turísticos como marginales, comerciales y universitarios, céntricos y fragmentados, barrios que se elevan y diversifican en colores, etnias y sabores. Se habita la vida cristiana y la misión laical en un espacio amplio y denso que acoge el anonimato propio de toda céntrica gran ciudad, con el riesgo de desdibujar o invisibilizar rostros así como de eclipsar otras realidades no céntricas, más periféricas, pero también con la posibilidad de densificar esos mismos rostros y realidades.

Distintas vocaciones. La Iglesia de Santiago que sabe de diversidad, orienta sus esfuerzos y se compromete a promover, alentar y sustentar la amplitud vocacional en los variados estados de vida. Mostramos la belleza de la vocación a la vida consagrada o presbiteral, y con mayor empeño es preciso generar espacios estables en nuestras comunidades para orar, formar, estimular y así promover el surgimiento y despliegue de vocaciones laicales en sus multiformes posibilidades. Para ello es preciso en primer lugar situar esta necesidad mucho más allá de la escasez de clero, esta mirada en sí misma incoa un esfuerzo de erradicación del clericalismo, estableciendo la sagrada igualdad fundamental de toda la feligresía bautizada como eje articulador de los carismas y ministerios. Orar, estimular y promover vocaciones laicales implica tomar en serio esa igualdad fundamental y los desafíos de renovación eclesial en clave sinodal. Tras el Concilio Vaticano II, es un dato comúnmente aceptado, teológica y canónicamente, que todos los fieles –no solo los ordenados participan y son titulares y corresponsables de la misión evangelizadora de la Iglesia, participando, cada uno según su propia condición, del triple oficio que Cristo, como Sacerdote, Profeta y Rey, ha confiado a su Iglesia.

La ministerialidad y la misión laical. Esta renovación eclesiológica conciliar ha puesto de relieve la dimensión ministerial de toda la Iglesia. No se trata de éste o de aquel texto, sino de la visión conciliar de conjunto sobre la iglesia, en la que se reconoce la unidad de misión en medio de la pluralidad de ministerios, y que ofrece algunas líneas clave, tales como: el reconocimiento de los servicios y carismas del laicado de modo que todos, fieles laicos y pastores cooperan unánimemente a la obra común (LG 12) y que el laicado, participando del ministerio sacerdotal, profético y real de Cristo, entonces no a partir de una concesión, ejerce su apostolado en la sociedad a manera de fermento (AA 2 y 16). En un sentido propio, la ministerialidad laical refiere a la corresponsabilidad del laicado en la misión de la iglesia, desde la conciencia del sacerdocio común de todos los fieles recibido en el bautismo. Esta ministerialidad, por tanto, es más profunda y amplia que los ministerios laicales, término que hace referencia – en la actual legislación eclesial - a los concretos ministerios del lectorado, del acolitado y más recientemente al ministerio de catequista.

Existe un marco jurídico, institucional y teológico que permite desarrollar los ministerios



laicales y es preciso hacerlo con la creatividad que impulsa el Espíritu. Este marco constituye una de las contribuciones esenciales del post-concilio a la puesta en práctica de la teología conciliar que acarrea importantes consecuencias eclesiológicas. Por un lado se rompe la identificación de la ministerialidad de la iglesia con el clero y, por otro, se establecen ministerios laicales de base tanto carismática como comunitaria. El reconocimiento comunitario de los diversos carismas y la aceptación de ministerios que surgen de la base de la iglesia supone una contribución a la eclesiológica de comunión. Y por ello es importante que los ministerios laicales no se vean como una consecuencia de la escasez de clero ni tampoco se sitúen en el sutil camino de la clericalización del laico o laica; superar la mirada acerca de que la progresiva escasez de presbíteros obliga a encomendar al laicado ciertas funciones propias de aquellos, con un sentido de suplencia y subsidiaridad, no, en la renovación eclesiológica la praxis ha ido encontrando una verdadera fundamentación eclesiológica más allá de lo funcional.



A los animadores/as de Comunidades Eclesiales de Base, catequistas, visitantes de enfermos o encarcelados/as, ministros/as extraordinarios de la comunión, animadores de celebraciones dominicales, hay que añadir los variados etcéteras posibles dotándolos de contenido con pertinencia territorial, en la gran ciudad que habitan las comunidades de la arquidiócesis. En estos discernimientos el carisma de la teología tiene mucho que aportar, también es preciso orar, estimular y promover las vocaciones laicales para el cultivo de la disciplina teológica, y así fortalecer y diversificar la formación permanente para enfrentar los desafíos que la gran ciudad le plantea a la iglesia; una teología que entable puentes.

3. Co-construyamos los desafíos pastorales y planteemos juntos las preguntas que orienten nuestro discernimiento

Habitar la vocación cristiana y revisitar la misión laical en la gran ciudad nos impulsa a acoger los desafíos del tiempo presente con creatividad pastoral para encontrar nuevos caminos, implica activar la imaginación teológico-pastoral, ampliar y fortalecer la capacidad de diálogo, descentrándonos para encontrarnos con el otro/a y restablecer confianzas, tanto dentro como fuera, atendiendo a las fisuras y creyendo que a través de muchas de ellas se cuele el Espíritu recreando y renovando.

- ¿Cómo rescatamos y aprendemos de los gestos y palabras de los diversos rostros que habitan la gran ciudad? Migrantes (chilenos y extranjeros), otras iglesias, grafiteros, etc.
- ¿De qué manera podemos organizar la esperanza que ciertamente circunda en nuestro territorio?

- ¿Qué escuchamos de los grupos desinstitucionalizados desde el punto de vista religioso, especialmente de los jóvenes?
- ¿Estamos aprovechando a las universidades del territorio, sus capacidades interdisciplinarias, etc?
- ¿Tendemos puentes entre los habitantes de la gran ciudad?
- ¿Valoramos y promovemos el carisma de la teología...?
- ¿Reflexionamos acerca del sentido y alcance de la catolicidad de la iglesia?
- ¿Qué formas distintas de transmisión de la fe intuimos como posibles y necesarias?
- ¿Descubrimos el Evangelio en las subculturas del entorno?
- ¿Ofrecemos nuestras capacidades de mediar comunión en los procesos comunitarios en curso?

Bibliografía

- Bingemer, Ma Clara & Casarella, Peter (eds.), *Puentes y no muros. Construyendo la teología a través de América*, Editorial Ágape, Buenos Aires 2022.
- Comisión Teológica Internacional, *La sinodalidad en la vida y en la misión de la iglesia*, 2018.
- Francisco, Carta Apostólica *Ad theologiam promovendam*, 1 de noviembre de 2023
https://www.vatican.va/content/francesco/it/motu_proprio/documents/20231101-motu-proprio-ad-theologiam-promovendam.html
- Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, 24 de noviembre de 2013
https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html
- Francisco, Carta al pueblo de Dios que peregrina en Chile, 31 de mayo de 2018
https://www.vatican.va/content/francesco/es/letters/2018/documents/papa-francesco_20180531_lettera-popolodidio-cile.html
- Documentos del Concilio Vaticano II
https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/index_sp.htm
- Baeza, Jorge, “Creen en Dios pero se declaran sin religión”, *La Revista Católica* 1221, Marzo 2024, 90-95.